

*CÁDIZ Y LA APARICIÓN DEL TOREO MODERNO.
Discurso de Ingreso en la Asamblea Amistosa Literaria
de D. Guillermo Boto*



PRESENTACIÓN



La Asamblea Amistosa Literaria fue creada en Cádiz en 1755 por el marino y científico español Jorge Juan y Santacilia, a la sazón director de la Academia de Guardias Marinas. Tras su marcha de la ciudad gaditana promovido a otros cargos, la institución fue espaciando sus reuniones hasta extinguirse completamente.

En 1982 una serie de profesionales, entre los que se contaban algunos marinos de carrera, decidió reanudar las actividades paralizadas por más de dos siglos y conferir una segunda vida al organismo. Desde entonces viene funcionando de forma regular en su nueva sede de Madrid.

Guillermo Boto Arnau, autor de destacadas obras de temática taurina y colaborador de esta revista, pronunció en el Ateneo de Madrid, el 20 de enero de este año, su Discurso de Ingreso a la Asamblea Amistosa Literaria, que fue contestado, en nombre de la corporación, por el capitán de navío D. Francisco J. Súnico Varela.

Dado que dicho discurso versó sobre una cuestión de tanto interés como la aparición del toreo moderno en Cádiz, materia que ha sido objeto de particular dedicación en las investigaciones del autor, ha parecido oportuno dar cabida a su contenido en las páginas de nuestra revista.

CÁDIZ Y LA APARICIÓN DEL TOREO MODERNO

Guillermo Boto*

Excelentísimo señor presidente de la Asamblea Amistosa Literaria, Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades, Señores Asambleístas, Señoras y Señores:

Es muy difícil, para alguien que investiga y escribe sobre fríos y escuetos datos de historia, pasar a papel la intensa emoción, y los sentimientos que me embargan en estos momentos tan solemnes. Sentimientos sobre todo de agradecimiento por el inmenso honor que se me concede, que, estoy absolutamente convencido, se otorga al descubrimiento histórico que supone mi obra, que ahora les presento, más que a mi humilde persona, sencillamente un médico de provincias.

Y cuando se repasa, desde la responsabilidad de tan importante honor, qué circunstancias son las que me hacen presentarme ante ustedes, no puedo obviar el agradecimiento a mis padres que me inculcaron el amor a la cultura, a María José, mi esposa, que me ha apoyado siempre en mis investigaciones, y a mi maestro, el tristemente desaparecido Dr. Orozco, catedrático de Historia de la Medicina, presidente de la Academia Hispano-Americana y enamorado de la historia de Cádiz y de la enseñanza de la investigación histórica.

El azar, como ocurre casi siempre, puso ante mí la noticia de que Cádiz podía ser la creadora del toreo moderno, de esas funciones de toreo a pie con picadores que, evolucionadas, conservamos hoy día, como espectáculo extraordinario que supera

* Ginecólogo. Miembro de la Asamblea Amistosa Literaria.

en sí mismo su catalogación dentro de las bellas artes y que se ha convertido desde hace más de dos siglos en seña de identidad española, en la llamada desde los tiempos de Jovellano, Fiesta Nacional.

Es importante señalar que, por unas especialísimas circunstancias, un gran historiador, D. Julio Guillén Tato, que llegó a ser Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia, dejó publicadas en dos sensacionales trabajos de escasa tirada, las bases de este estudio que ahora les presento.

El primero de ellos fue el estudio sistemático de las Actas del Ayuntamiento de Cádiz, que D. Julio dejó en meticulosas fichas realizadas sobre el dorso de papel municipal usado y recortado con mimo en tamaño de octavillas, mientras sufría injusta persecución en los primeros años de la guerra civil. Desgraciadamente, en más de 60 años sólo ha habido dinero para publicar el tomo II, titulado “Índice sistemático de acuerdos de las *Actas Capitulares* de la Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica ciudad de Cádiz. Padre de la Patria 1717-1807”. Ha sido precisamente en el estudio de las fichas correspondientes al siglo XVII, apiladas, envueltas en papel de periódico y cuidadosamente atadas por su autor con una delgada guita, donde aparecería el dato de las primeras corridas a pie de la historia, y de las actas que me han permitido su seguimiento.

El segundo fue la publicación, comentada, del discurso con el que Vargas Ponce tomó posesión de su cargo en la Real Academia de la Historia y con ella la del material que sirvió para su redacción. Se trata de la “Disertación sobre las corridas de toros”, documentada obra realizada por un gaditano antitaurino, que se ha convertido en una copiosa fuente de datos para la verdadera historia del toreo.

Esta obra de Vargas Ponce permaneció inédita durante casi doscientos años, y su publicación debió responder a la profunda admiración que D. Julio sentía por el culto marino gadi-

tano, cuya vida marcada por la injusta persecución que sufrió por el sambenito de afrancesado, guardaba tantos paralelismos con la suya, perseguido y encarcelado por una supuesta devoción al bando republicano.

Entrando directamente en la materia, se acepta de forma general que fue el cambio de dinastía, de los Austria a los Borbón, y muy especialmente la *aversión* de Felipe V a las fiestas de toros, la que produjo la retirada de los nobles de esta afición. Las fiestas respondían a la celebración de acontecimientos reales, bodas o nacimientos de príncipes; otras estaban votadas por los ayuntamientos para celebrar fiestas locales o ceses de epidemias por la intervención de algún santo. Algunas, por acontecimientos familiares de la nobleza local o victorias de nuestras armas.

Se acepta así que la retirada de los nobles dejó en manos de los *chulos* y de los pajes el cubrir estos festejos. Esta es en síntesis la *historia oficial* del inicio del toreo a pie. Junto a todo ello, la existencia de los encierros, sobre todo en Navarra, donde encontramos multitud de nombres de toreros, perfectamente estudiados por Luis del Campo. Sin embargo, como pronto veremos, el espectáculo del toreo a pie, con picadores, nacerá en la ciudad de Cádiz, a mediados del siglo XVII.

En Cádiz, apenas queda documentación local anterior a 1596, debido a la destrucción provocada por el asalto anglo-holandés; por eso las únicas noticias taurinas anteriores a esta fecha nos vienen de fuera, entre ellas la famosa corrida ofrecida al Rey D. Sebastián de Portugal en 1578 cuando recaló en esta ciudad camino de sus conquistas africanas, donde perdería la vida. En las actas municipales antes citadas, se comprueba la lenta recuperación de la ciudad, que también se nota en la calidad de sus fiestas taurinas, todavía “Fiestas de Toros y Cañas”, que ya van evolucionando hacia el rejoneo.

En este ambiente taurino, común por lo demás al resto de las ciudades de España durante el reinado de los últimos

Austrias, surge de pronto el hecho diferencial del toreo a pie, con las corridas de toros que solicita en junio de 1661 la Hermandad de San Antonio, con el motivo de recaudar fondos para construir la iglesia de su nombre.

Tres curiosos pleitos provocan estas corridas que nos permiten su seguimiento en las actas municipales. El Pleito del Dosel, así llamado por ser denunciado el Cabildo Municipal ante el Consejo de Castilla, por asistir a estas corridas *con dosel y almohada*, algo que sólo hacía el Rey en la Corte, pero que Cádiz tenía como privilegio dado por Felipe IV para agradecer ciertas ayudas económicas. Mientras se sustentó este pleito, en el que el Cabildo fue juzgado en rebeldía, éste procuró que las corridas se celebraran en la Plaza Real o de la Corredera, para poder presidirlas desde los balcones del ayuntamiento.

El segundo pleito se suscitó con el obispado que, en 1663, desmontó sin previo aviso el palco o *balcón* construido por el Ayuntamiento, con la curiosa excusa de que las autoridades no podían dar la espalda al edificio de la Iglesia. Téngase en cuenta que para no dar la espalda a dicho edificio, el palco tendría que estar construido en lo que hoy llamamos tendidos de sol. El pleito con el Cabildo Eclesiástico tuvo su continuación cuando, en otra ocasión, éste se negó a ocupar unos asientos colocados a la izquierda del alcalde, en vez de a la derecha, y estos asientos quedaron vacíos provocando escándalo público.

Un tercer pleito lo provocó la actitud del gobernador, que era quien había sustituido a la Hermandad de San Antonio en la organización de las corridas y lo hizo sin pedir permiso a la ciudad, algo que en aquella época era absolutamente insufrible para los concejales y les llevó a denunciar al gobernador ante el Consejo de Castilla.

Este seguimiento de las corridas de la plaza de San Antonio en las actas municipales, nos permiten ver cómo éstas coexisten en el tiempo con las “Fiestas de Toros y Cañas” y de

toreo a caballo celebradas en la plaza de la Corredera, y cómo el Ayuntamiento intenta trasladar a esta plaza las corridas de San Antonio para presidirlas desde sus balcones para evitar agravar el *pleito del dosel* que estuvo *sub judice* muchos años.

En principio nada hay en la documentación manejada que señale que estas fiestas de toros son de toreo a pie. Nos encontramos en 1661, año en el que en muchas ciudades de España (Jerez por ejemplo) se corren toros enmaromados y en otras se corren toros o vacas sueltas. Pronto sin embargo, ciertos hechos nos van a advertir que allí está ocurriendo un espectáculo singular. El primero, la exigencia de una limosna para construir la iglesia, a cambio de una *vara de sitio*, así se llama a la entrada, cuando las Fiestas que organiza el Ayuntamiento son gratis, o por mejor decir subvencionadas por éste a los nobles que participan. El segundo, la asistencia del Ayuntamiento, como tal, es decir con toda pompa, a un espectáculo que él no organizaba.

Otras circunstancias especiales se van a unir muy pronto, como la petición del Almirante de la Mar Océana de que se suspendan las corridas porque la numerosa asistencia impide despachar la Flota a Nueva España o la petición del Duque de Veragua de que se repitan dichas fiestas porque su esposa no ha podido presenciarlas por estar enferma.

Pero en un acta de 1677 se dice que se están esperando «... tres hombres vaqueadores que piquen a mañana y tarde con vara larga... ». Estos vaqueadores son hombres de campo, no son nobles, son auténticos picadores, los primeros que aparecen en la historia del toreo.

La vara larga era ya sin embargo conocida. La primera mención de ella aparece en el libro de Gregorio de Tapia *Ejercicios de la Gineta* escrito en 1643, y en él viene a decirse que es una más de las suertes que pueden hacer los nobles en las Corridas Reales. La segunda mención es de Alonso Gallo que, en 1653, escribe el libro *Advertencias para torear*, donde

dice todo lo contrario, que la vara larga está muy bien para el campo pero nunca debe utilizarse en la plaza. Algunas apariciones de la vara larga han sido señaladas antes de 1700, pero entendemos que responden precisamente a las actuaciones que se comentan en dichos libros de preceptiva taurina. Sin embargo en ninguna ocasión se habla de vaqueadores, y menos picando tres a la vez, como no se hará al menos hasta los tiempos de Paquiro, 170 años más tarde.

El picador es consustancial con el toreo a pie. No se pica cuando se rejonea, y podemos asegurar sin temor a equivocarnos que no hubiera existido el toreo sin la suerte de varas.

Otras demostraciones de que el toreo que se hacía en la plaza de San Antonio era toreo a pie, aparecen en el estudio de las actas de estos años, pero sólo añadiremos a la citada lo ocurrido en la curiosa corrida organizada por los navieros y comerciantes ingleses para celebrar la coronación de Jacobo II de Inglaterra. La colonia inglesa solicitó al Cabildo dar una corrida como las que se organizaban en estos casos en España. Después de diversas discusiones y de obtener el permiso del gobernador, aceptó el Ayuntamiento y se fijó la *vara de sitio* en tres pesos, dedicando el beneficio que se obtuviera a la construcción de la iglesia de San Juan de Dios. Durante la preparación, notan los ingleses que se está organizando una corrida como las que se celebraban en San Antonio, aunque eso sí, en la Plaza Real o de la Corredera. Se quejan y consiguen que el cabildo, vuelto a reunir, rectifique y conceda una corrida de Rejones, que al ser más costosa obliga a subir las entradas a cuatro pesos.

Las corridas en la Plaza de San Antonio duraron 55 años, hasta 1716, y financiaron no sólo la iglesia sino el retablo del altar mayor. Una referencia a ellas la tenemos en las *Memorias* de Raymundo de Lantery, comerciante que nos describe el fabulosos ambiente que se organizaba, y cómo los esclavos guardaban el sitio a sus amos.

En 1717, será la Hermandad de la Santa Caridad, la que solicite permiso para dar corridas en beneficio de la obra del Hospicio, un edificio entonces en construcción y que hoy la más importante muestra de arquitectura civil de la provincia. Se concedieron corridas todos los festivos de mayo y junio. La plaza para estas corridas se construyó en la plaza de san Roque junto al matadero. Este lugar ya era, desde, al menos 1685, la zona donde se entrenaban los futuros toreros y picadores. Lo sabemos porque en ese año, los carniceros se quejan del estado de la carne ya que al torear las reses antes de sacrificarlas, conscientes de la imposibilidad de erradicar el problema, solicitaron que sólo se toreasen dos reses a la semana. Ocho años después, en 1693, un vecino de esta plaza quiere adelantar su fachada y el cabildo acepta que lo haga siempre que construya *un balcón de fresno de cinco varas de largo* donde los miembros del cabildo puedan presenciar los entrenamientos con los toros.

En 1705, llega a Cádiz un dominico francés, el padre Labat, que nos dejó un interesante libro de memorias. Son días de guerra, que le obligan a quedarse en la ciudad desde octubre a febrero. No son meses taurinos, ni parece que un dominico debiera interesarse por estos temas. Sin embargo se lamenta de no haber presenciado ninguna corrida durante su estancia en Cádiz, lo que indica la fama que habían alcanzado estas corridas, sobre todo en América de donde venía. Piénsese que en Sevilla no empezaría el toreo hasta 1730, es decir 25 años después de la llegada del dominico. El padre Labat se consuela viendo junto al matadero el entrenamiento de un picador.

En las corridas que organizó la Hermandad de la Santa Caridad, ocurrió una anécdota curiosa. Un varilarguero, llamado José Fernández, marró al picar a un toro. El caballo cayó, dejándole trabado en el suelo, sin poderse levantar. En esta postura, no perdió su sangre fría. Se despojó de su chaquetilla y él mismo se hizo el quite varias veces desde el suelo. El público bramaba de entusiasmo y salió de la plaza gritando: «viva la tarde de

marras», es decir la tarde en la que al marrar, José Fernández dio esa extraordinaria lección de valor. La frase saltó la barrera y se introdujo en nuestro lenguaje cotidiano, como tantas otras del toreo que la siguieron.

Las corridas para la construcción del hospicio siguen siendo simultáneas con los festejos que organiza el Ayuntamiento en la Plaza Real o de la Corredera. A ellas les siguen las que organiza el gobernador D. Juan de Villalba y Angulo, en 1749, para la construcción de la Alameda. Diez corridas todos los años figurarían en la petición que hace al cabildo; pero una preciosa investigación del Dr. Cabrera Bonet en el Archivo Histórico Nacional, nos demuestra que se daban veinte o más todos los años. Esta cantidad de corridas no fue nunca alcanzada a lo largo de todo el siglo por ninguna otra ciudad española. Sólo Madrid, que celebró un promedio de 16 a partir de 1770, llegaría un año, en 1799, a celebrar 20 corridas.

Una pasión por las corridas de toros se ha despertado en Cádiz y sus alrededores y las autoridades deciden utilizarlas como medio de financiar obras públicas. En Cádiz costean en diversos momentos, además del hospicio y la alameda, la cárcel, el hospital de mujeres, la casa cuna, la capilla del Nazareno, la Academia de Bellas Artes y, como veremos, las murallas de la ciudad. En el Puerto de Santa María, el Hospital de Providencia, y en Jerez, ya a finales del siglo, la construcción de caminos.

Un dato revelador de la importancia del toreo gaditano, lo da el estudio de la nómina de toreros a lo largo de todo el siglo XVIII. Bruno del Amo, *Recortes*, en su obra *El toreo en el siglo XVIII*, encuentra 27 matadores, de los que 9 nacieron en Cádiz, 8 en Sevilla, 5 en Ronda y otros 5 en el resto de España. Al estudiar otras fuentes que no estuvieron al alcance de *Recortes*, muy especialmente los datos madrileños aportados por López Izquierdo, se llega al número de 70 toreros, de los que 24 fueron gaditanos, 19 sevillanos, 6 rondeños y 21 del resto de España.

Igual de demostrativa es la lista de picadores que ofrece *Recortes*. Sobre un total de 69 en todo el siglo, 36 son nacidos en Cádiz, 19 en Sevilla y 14 en el resto de España. El estudio corregido añade 36 nombres a la lista de gaditanos, 27 a la de Sevilla y 67 a la de otras provincias. El resultado no pretende agotar el tema, pues ignoramos datos biográficos de muchos de ellos, pero resulta altamente significativo.

Más importante que el número, es el análisis de los toreros que mandaron en los primeros 70 años del siglo XVII y los que fueron figuras en los últimos 30 años. Entre los primeros, tenemos al gaditano Lorenzo Martínez, *Lorencillo*, que fue primer espada en la primera corrida de toro a pie celebrada en Madrid, en 1737. En el contrato de esta corrida, que encontró y estudió Baltasar Cuartero y Huerta, de la Real Academia de la Historia, se hace constar que torea con Marcos Combarro y Agustín de Morales *el Mulato*, ambos también gaditanos. Esta corrida, junto a otras dos de rejones, fue organizada por la Hermandad de San Isidro y las tres sirvieron para arreglar un viejo puente de madera sobre el Manzanares, cerca de la ermita del Santo. La plaza se construyó en el Soto de Luzón, en una antigua finca llamada Casa Puerta. *Lorencillo* generalizó la suerte del *salto del testuz*, practicada por indios americanos, según conocemos por el relato del jesuita Pedro de Guzmán en su libro *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad*. Toreó varias veces en Madrid y fue el que adoptó para torear el traje de majó, confeccionado en seda, el llamado hoy traje goyesco, al que años después *Costillares* añadiría galones de plata.

Discípulo de *Lorencillo* fue Melchor Calderón, *el monstruo de la arrogancia*, tal como le llamó Daza, el picador-escritor, en su libro de tan raro nombre, *Precisos manejos y progresos condonados... etc.*, que es otra fuente importante de datos del inicio del toro. Pero superando a estos dos toreros, aparece José Cándido, al que se le hacen poemas en latín y en castellano y se

le arrojan versos mientras torea. Es mulato, hijo de una gaditana adinerada y de un criado negro. Fue abandonado en la casa cuna gaditana. Fernando Claramunt dice que con él se inicia la leyenda de los héroes románticos del toreo. Daza le llama «príncipe de los toreros de a pie». Cautivaba a los públicos con su valor y su entrega. En la obra *Taurimachia Hispalensis*, escrita poco después de su muerte, se describe la *suerte del volapié*, antes de que



Fig. n.º 11.-Plaza de “La Corredera” San Juan de Dios, Cádiz Apud Boto, G. (2001): *Cádiz. Origen del toreo a pie (1661-1858)*, Madrid, Unión de Bibliófilos Taurinos.

la utilizara su discípulo *Costillares*, que sin embargo ha pasado a la historia como su inventor.

Cándido generalizó *la suerte del puñal*, que aprendió en Cádiz del indio Mariano Ceballos. Este torero fue inmortalizado por Goya en la difícil suerte de picar a un toro, montado en otro al que previamente había ensillado. La primera vez que realizó esta suerte, *el jineteo de los toros*, también de origen americano, nos la cuenta el filósofo francés Juan Jacobo Rousseau,

en su obra *Origen de la desigualdad entre los hombres*. Un indio, condenado a galeras en Cádiz, solicitó la libertad a su capitán a cambio de realizar un hecho heroico. El acto lo realizó en la plaza de toros ensillando a un toro bravo y picando desde él a otro.

Cándido fue requerido por el Duque de Medinaceli para torear en las corridas reales de 1760, celebradas para conmemorar la proclamación de Carlos III. De los toreros que mandó el asistente de Sevilla, sólo Juan Miguel, tío de *Costillares*, había toreado con alguna frecuencia en esa ciudad, pues ni Cándido, ni Juan Romero, padre de Pedro, ni el también gaditano Juan Castel, habían toreado nunca en Sevilla pese a su fama. Ello sólo puede ser debido a que, en esta época, en la Real Maestranza de Caballería de Sevilla se practicaba un toreo mixto, más proclive al rejoneo.

Cándido murió en 1771, toreado en El Puerto de Santa María, al realizar un quite a un picador derribado. Fue la primera víctima del toreo y la muerte le llegó cuando encabezaba el escalafón de su época. Fue cantado en romances de ciegos, y algunos de estos romances alimentaron las primeras coplas de un flamenco incipiente: «En er Puerto, murió er Cándido y allí remató su fin/ le mató un toro de Bornos/por librar a Chiquilín».

Nicolás Fernández de Moratín escribe en 1777, al príncipe de Pignatelli, la “Carta histórica sobre origen y progresos de las fiestas de toros en España”. Aunque con errores importantes, en ella aparece la persona que trajo el toreo a Madrid. Se trata de D. Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que sirvió como oficial de marina a las órdenes de Patiño en 1720, en Cádiz, y posteriormente llegaría a ser Secretario de Hacienda, Guerra, Marina e Indias entre los años 1746 y 1754. El marqués fue un entusiasta del toreo, que conoció durante su juventud en Cádiz, y favoreció las corridas de toros. Los toreros andaluces que según Moratín llevó a Madrid, eran gaditanos. Es conocida su amistad

con Pedro Merchante y sus hermanos, los cuatro picadores de Medina. Daza también se hace eco de esa amistad, y recientemente se ha publicado una carta del torero Martincho que confirma el carácter de organizador de corridas que tenía el marqués.

Entre las obras que se beneficiaron del entusiasmo taurino de los gaditanos estuvieron las murallas, castillos y baluartes de la ciudad y de toda la bahía. La Junta de Fortificaciones consiguió una primera concesión de 12 corridas anuales durante 10 años, el 21 de junio de 1765. No serían las únicas, pues en 1780 se concedieron doscientas a realizar en diez años, y en 1791 otras doscientas, cifra que se repetiría en el siguiente siglo.

Cuando en 1790 el Consejo de Castilla prohíbe por primera vez las corridas de Cádiz, con el agravante de permitir las de Jerez y El Puerto por ser para la beneficencia, el Ayuntamiento gaditano se enfrenta al problema de tener que sustituir los ingresos taurinos de la Junta de Fortificaciones con nuevos impuestos y arbitrios, mandando al Rey una larga y detallada exposición de once folios, solicitando que se permitan de nuevo las corridas, pues mientras duraron, dice, «producían 250. 000 pesos anuales».

Una concesión curiosa que demuestra el alto rendimiento económico de estas corridas fue la de 1785, en la que el gobernador, conde O'Reilly, solicitó dos corridas para crear la Escuela de Aritmética, Geometría y Dibujo, la actual Escuela de Bellas Artes. El Consejo de Castilla ordena a las tres autoridades que suscriben la idea –el gobernador, el alcalde y el obispo– que calculen el costo total de la escuela, incluyendo menajes y sueldos de los maestros, para ver si se adecua a las tres corridas que concede. Hay que señalar la sensacional labor que realizó esta Escuela desde su inicio, y la perfección con que fue creada.

La plaza para todas estas corridas se construyó en otro sitio, en *la hoyanca*, frente al convento de Santa María. Aquí se

celebraron la ingente cantidad concedida para las murallas y también otras para el hospicio, el Hospital de Mujeres, la Cárcel y algunas para poder terminar la Alameda.

Esta plaza fue reproducida en Inglaterra en un precioso grabado de Philip Reinagle, publicado en 1775 en un libro de viajes de Richard Twiss. Su maqueta es una parte de la maqueta de la ciudad de Cádiz, realizada en caoba, mandada construir por Carlos III y conservada hoy en el Museo Municipal. También la grabó Mendoza en 1777, para otro libro de viajes, esta vez el de Teodoro Middleton, aunque sin indicación de localidad. Años después, completó una serie de láminas copiadas de la de Carnicero, dibujadas también en Inglaterra por Clark Dubourg.

El Almirante Nelson, que tanto tiempo se pasó sitiando Cádiz por mar, pudo visitar la ciudad en 1793, a bordo del *Agamenón*. El 23 de junio, al abandonar la ciudad, escribió una carta a su esposa relatándole la impresión que le había producido el presenciar una corrida de toros. Su biógrafo Wilkinson incluye la carta completa y se recrea con comentarios sobre los sentimientos de Nelson, que confiesa que le hubiera gustado ver alguna cogida. Wilkinson añade que este comentario «no era perverso ni de tontos y respondía al profundo convencimiento inglés de que un toro está más cerca del ser humano que un extranjero».

Antes de la muerte de Cándido, en la década de los sesenta, algunos ilustrados antitaurinos, que influenciaban el pensamiento del gobierno, inician sus ataques a la fiesta basándolos en el perjuicio que se le hacía a la ganadería por la muerte de toros y caballos y a la agricultura que perdería la posibilidad de tener bueyes. Fruto de estas ideas es el estudio pedido en 1768 por el conde de Aranda a los intendentes de los reinos de España sobre el número de corridas de toros y censo ganadero de su territorio.

D. Pablo de Olavide, intendente del reino de Sevilla, envía su informe en forma de cuadro, clasificando los datos de todos

los pueblos del reino de Sevilla. En él se observa que, mientras en Sevilla se efectúan 4 corridas al año, en Cádiz se dan 12 y en El Puerto de Santa María 10. Estas corridas gaditanas son las recién concedidas a la Junta de Fortificaciones. Sobre lo extraordinario de estos datos no ha meditado ningún historiador, a pesar de que el documento es sobradamente conocido y ha sido reiteradamente publicado.

En el resto de Andalucía, según datos recopilados por Cossío, sólo destacan Granada y Córdoba con cinco y cuatro corridas anuales respectivamente. En Ronda se daba un solo festejo municipal el día de Corpus, y se añade «que aunque la real Maestranza tiene privilegio para fiestas anuales, ha años que no usa de él». De Navarra comenta este autor «era mayor la tradición y el abolengo de las fiestas de toros que la frecuencia de su celebración». Se refiere sin duda a los encierros, con muerte de los toros, en un espectáculo distinto, que sería sustituido en el siglo XVIII por la fiesta creada en Cádiz. Efectivamente, en San Fermín se mataban de 14 a 16 toros y en aquellos años había otra corrida para construir la capilla de la Virgen del Camino.

Faltan lamentablemente los datos de Castilla, pero podemos suplirlos por un curioso documento conservado en la Biblioteca Nacional con las corridas que toreó Pedro Romero el año 1776, todas alrededor o en las cercanías de Madrid, en cuya capital torea 16 festejos.

Hemos nombrado los toreros que dominaron la fiesta en los primeros 70 años del siglo XVIII: *Lorencillo*, Melchor Calderón y José Cándido. Discípulos de este último, en distintos años de su triunfal carrera, fueron Joaquín Rodríguez, *Costillares*, José Delgado, *Pepe-Hillo*, ambos sevillanos, que con Pedro Romero, de Ronda, forman el triunvirato más importante del siglo. Pues bien, pese a su nacimiento, destacaremos muy brevemente las especiales relaciones con Cádiz de estas importantes figuras del toreo.

La dinastía de los Romero se inicia con el abuelo Francisco, del que sólo Moratín y los que le copian afirman que fue torero, pero del que no han quedado ni carteles, ni contratos, ni una sola mención de sus coetáneos. El padre, Juan, mantuvo una dignísima carrera taurina en los tiempos en que Cándido era un astro rutilante en el firmamento taurino. Cuatro de sus hijos fueron toreros, dos murieron en los ruedos, Juan Gaspar muy joven, en Salamanca, y Antonio en Granada, ya en los albores del XIX y retirado su hermano.

Parece que el oficio familiar de los Romero fue el de carpinteros de ribera, que no pudieron ejercer en su Ronda natal por razones obvias, por lo que debieron ejercerlo en Cádiz, salida natural de la serranía. Pedro se presentó en 1775 en Madrid, donde triunfaba *Costillares*, ocho años mayor que él. Parece que la Junta de Hospitales madrileña, propietaria de la plaza de toros de la Puerta de Alcalá, prefirió a este último sin valorar los méritos del rondeño. Este trato de favor al sevillano molestó tanto a los altivos Romero que salieron de Madrid y se contrataron en Cádiz. El público de Madrid los reclamaba y obligó a la empresa a recurrir al Consejo de Castilla para intentar romper el contrato con Cádiz. En la contestación, el padre justifica su marcha a Cádiz por la necesidad de cuidar a sus hijos menores y por el estado de salud de su esposa, empeorado por la trágica muerte de Juan Gaspar. Esta contestación confirma la sospecha de que la familia estaba afincada en Cádiz, o lo hizo en este momento.

Ni la intervención del presidente del Consejo, utilizando el nombre del propio Rey, consiguió que cambiara de opinión, aunque a cambio fue *Pepe-Hillo*, también contratado en Cádiz. Antes de partir se enfrentaron los dos toreros en una corrida que resultó épica y que marcó el inicio de las competencias taurinas. *Pepe-Hillo*, al matar a su primero después de una faena llena de guapezas, tiró la muleta como hiciera tantas veces su maestro Cándido y citó a matar con el sombrero. En su toro, Pedro

Romero también tiró la muleta y citó a recibir con una pequeña peinetilla con la que se sujetaba la madroñera. El presidente tuvo que llamarlos al palco, pero la animadversión entre ellos duró hasta la retirada de los ruedos del rondeño.

Pedro Romero firmó un contrato de cuatro años con la empresa de Cádiz pero de nuevo el Consejo de Castilla intervino para que torease en Madrid, consiguiéndolo a cambio de venir *Costillares* y *Pepe-Hillo* a Cádiz. Aún en 1779 tendría que intervenir el Consejo por tercera vez, y en 1780 Pedro se establecería definitivamente en Cádiz durante nueve temporadas seguidas. No será sino a partir de las corridas por la proclamación de Carlos IV, en 1789, cuando el rondeño se convertirá en el torero permanente de Madrid, junto a sus hermanos.

Estos nueve años seguidos en Cádiz no los cita ninguno de sus biógrafos, pese a contarlos personalmente el torero en una de las cartas que escribió a Moreno Bote, el famoso boticario de Madrid. La frase no deja dudas: «...cuando volví a Madrid al cabo de nueve años que me había estado en Cádiz... ».

Otros muchos datos podríamos aportar, como cuando mató a un toro que saltó al tendido. O su familiaridad con los hermanos Bartolomé y Manuel Jiménez, picadores nacidos en Cádiz. A Manuel le llama reiteradas veces «tío Manuel» y a su hijo, Bartolomé Jiménez Acosta, lo protegió como si fuera su propio hijo. También cuidó de la carrera de Jerónimo José Cándido, el hijo del malogrado torero. Lo llevó de banderillero en su cuadrilla y llegó a emparentar con él. Unos creen que *Jeromo* casó con su hermana Isabel, aunque personalmente me inclino a pensar que lo hizo con Inés Pinzón, hermana de María, mujer de Pedro Romero. Entre las actas del Ayuntamiento que fichó D. Julio Guillén Tato, se conserva una carta del alcalde de Badajoz al de Cádiz, solicitando le envíe a Pedro para torear las corridas en honor a la jura de Carlos III. En el Archivo de Protocolos existen varios contratos de Pedro con el empresario de la plaza de Cádiz.

José Delgado, *Pepe-Hillo*, fue el gran torero que animó los ruedos en el último tercio del siglo XVIII. Frente al clasicismo y la eficacia del toreo de Pedro Romero, puso en juego ante el toro toda la alegría, la gracia y la picardía propias del sur. Encarnó el modelo de majo hasta hacer de él un arquetipo. John F. Peyron, viajero inglés que visitó Cádiz estos años, se asombra de la popularidad de *Pepe Hillo*, a quien llama «toreador famoso» y a quien vio cómo aplaudían al entrar al teatro cuando convalecía de una cornada.

Pepe-Hillo inventó el toreo de frente por detrás, y su toreo pinturero lo practicaba con todos los toros, con un valor rayano en la temeridad. Fue discípulo de Cándido, presentándose con él de banderillero en su tierra natal, tal como vemos en las cuentas de la Real Maestranza de Sevilla. En 1777, año de su competencia con Pedro Romero, tiene 23 años, y el conocido en Cádiz es él. Con su bravuconería, típica de los majos gaditanos que años después describiría Palacio Valdés, manda decir misas por las animas benditas para que mejore el tiempo y pueda medirse en el ruedo con el torero nuevo, con Pedro Romero, con la *gente guapa*.

Pedro Romero le espera en el ruedo y le da la réplica. Esta permanencia de *Pepe-Hillo* en Cádiz en los comienzos de su carrera, hace que Moratín no lo mencione en la carta histórica fechada en 1776, apareciendo sin embargo en el libro de Daza, cuyo manuscrito es de la misma fecha. Daza dice de él y de *Costillares* «que por la uniforme habilidad de estos dos jóvenes en el día se han levantado con la fama». El cartel más antiguo que se conserva de Cádiz lleva fecha del 30 de julio de 1775, y en él figura como único matador de los 10 toros que se lidian. Es la primera vez en la historia del toreo que aparece un torero matando él sólo toda una corrida.

En el Archivo Provincial de Cádiz se conservan varios contratos del torero con el asentista de Cádiz, pero entre ellos

hay uno con fecha 13 de mayo de 1786, que es verdaderamente excepcional, pues firma 82 corridas seguidas. No se conoce un contrato igual, que le tendría cuatro años toreando sin parar, en Cádiz. Sin embargo, estamos convencidos de que algún día puede aparecer el que mantuvo a Pedro Romero nueve años que, a 20 corridas anuales, supone 180 corridas en la misma plaza.

Es cierto que, pese a estas largas permanencias de *Pepe-Hillo* en Cádiz, en todos los contratos exigía especificar que tendría preferencia para torear las 4 corridas que en abril o mayo organizaban los maestrantes en Sevilla.

En 1796, apareció en Cádiz, nacida en la imprenta de Ximénez Carreño, sita en la calle Ancha, *La Tauromaquia o arte de torear* escrita por *Pepe-Hillo*. Existen dos obras anteriores con reglas para torear a pie, la *Cartilla en que se notan algunas reglas de torear a pie, en prosa y en verso*, conocida como *Cartilla de la Biblioteca de Osuna* y la *Noche fantástica. Ideálico divertimento que demuestra el método de torear a pie* escrita en 1750 por D. Eugenio García Baragaña. Pese a ello, por su importante contenido, todos los autores consideran la de *Pepe-Hillo* como la primera tauromaquia de la historia.

Se creyó que su autor era D. José de la Tixera, pero en 1989 apareció el manuscrito de la obra, fechado también en Cádiz, tres años antes de la edición príncipe, es decir en 1793, y este manuscrito está dedicado precisamente a José de la Tixera, lo que descarta totalmente su autoría. Pese a que la tauromaquia de *Paquiro* la amplió y la mejoró, ésta de *Pepe-Hillo* ha sido la más editada de la historia. Su primera edición salió con un solo grabado, firmado por el grabador gaditano Bosque, que representaba al torero con un toro muerto a sus pies y con un reloj de bolsillo en la mano, con el que más de una vez había citado a matar después de tirar la muleta y el sombrero.

La segunda edición se realizó en Madrid en 1804, poco después de la muerte del torero. Se trata de una edición que

corrige la primera, está firmada por un aficionado, y ésta sí está escrita por D. José de la Tixera. Se trata, como muy bien señala Diego Ruiz Morales, «de un islote aislado en el mar de las restantes ediciones del siglo XIX», pues todas las demás son fieles al texto gaditano.

La muerte del torero en las astas de *Barbudo*, en el Madrid de 1801, fue un duro golpe para la España de su época. En un curioso romance de autor anónimo, editado en Córdoba, se dice: «Y si no dígalo un Cádiz que lo ha sentido de veras. El Puerto no digo nada y Jerez con mucha pena». Esta significación de Cádiz, El Puerto y Jerez dice por sí sola la importancia que la bahía de Cádiz y su entorno tuvieron para *Pepe-Hillo*, que toreó en sus plazas más que en el resto de España y donde fue tenido como un ídolo por su gracia, su ingenio y su valor.

En 1788, el obispo de Cádiz, José Escalzo, se dirige al conde de Floridablanca y le acompaña una memoria para Su Majestad exponiéndole el daño que para el trabajo y la industria ocasiona en su diócesis «...el excesivo numero de corridas de toros que hay desde el mes de abril hasta el de septiembre en Cádiz, Puerto de Santa María y Xerez, siendo casi lo mismo para los moradores de cada uno de estos tres pueblos haverlas en cualquiera de los otros dos, que haverlas en el suyo pues desde esta ciudad a la del Puerto se va con buen tiempo (que siempre se procura para publicar los toros) en tres quartos de hora o en menos tiempo y desde el Puerto a Xerez en una.

A Cádiz se han concedido ochenta corridas a beneficio de sus fortificaciones y de ellas se hacen unas veinte y seis cada año. Al Puerto ciento de las que se hacen anualmente unas diez y a Xerez otras ciento de las que igualmente se hacen como otras diez y de ello resulta que en los tres pueblos se tienen cuarenta y seis corridas por año»

Por este mismo memorial, muy largo, sabemos que cada corrida dejaba 17.000 reales a la Junta de Fortificaciones, apar-

te del beneficio del empresario. El obispo solicita que este dinero se obtenga de un impuesto sobre el aguardiente si se suprimen los toros.

Estas corridas se celebraban los lunes en vez de los domingos y festivos, desde que Carlos III aceptó una petición de otro obispo de Cádiz, Juan Bautista Servera, que, en 1779, solicitó que no se hicieran los días festivos.

Podemos decir que existían en esta época dos áreas taurinas perfectamente separadas por Despeñaperros. Cuando un torero se escrituraba en Madrid, se desplazaba a Salamanca, Valencia, Zaragoza, Pamplona y otras ciudades del norte sin olvidar el Real Sitio del Escorial. Cuando se escrituraba en Cádiz, toreaba las 10 corridas del Puerto, las 10 de Jerez y se desplazaba a Sevilla, Córdoba, Granada y Málaga entre otras. El sistema perduró, con algunas excepciones, hasta la muerte de *Paquiro*, a mediados del XIX o, por mejor decir, hasta la llegada del ferrocarril. Dicho en términos taurinos, existían dos plazas de temporada, Cádiz y Madrid; las demás eran plazas de feria.

D. Julio Guillén Tato hace un esbozo biográfico del tres veces académico D. José Vargas Ponce, en la introducción a la *Disertación sobre las corridas de toros*, cuya única edición preparó. En estos apuntes biográficos nos explica la evolución del antitaurinismo de Vargas Ponce, sentimiento que éste compartía con muchos ilustrados de la época y que le llevarla precisamente a redactar esta obra como discurso de toma de posesión de la dirección de la Real Academia de la Historia.

Este minucioso discurso quedó inédito desde su lectura en 1807, hasta su publicación por Guillén Tato en 1961, y aunque fue conocido y ha sido manejado por algunos historiadores, su original está lleno de correcciones y adiciones que lo hicieron calificar *de casi ininteligible en muchos pasajes* por el Conde de las Navas.

Vargas Ponce ya empezó a reunir datos para este trabajo en 1792, como se sabe por una carta a Jovellanos, otro antitaurino, y hay que agradecer también a Guillén Tato que estos datos, reunidos en los legajos 4º y 5º de la *Colección de Vargas Ponce* que se conservan en la Real Academia, también fuesen publicados junto a la *Disertación*.

Si Vargas Ponce y Jovellanos padecían taurofobia, al igual que otros ilustrados de su siglo, muchos de sus amigos eran defensores a ultranza de la Fiesta Nacional, como ya empezó a llamársele al toreo a pie, entre ellos los compañeros de profesión de Vargas Ponce, los oficiales de la Marina, como el barón de Casa Duvalillos, Don Pedro Verdugo y, sobre todo, Don Luis María Salazar, que llegó a ser ministro de Marina y es autor de una importante apología de los toros utilizada entre otros por *Abenamar*, el supuesto autor de la “Tauromaquia” de *Paquiro* en su obra *Filosofía de los toros*.

También los Jefes de la Armada Mazarredo y, sobre todo, Antonio de Escaño, dos ídolos de los buenos oficiales de Marina, fueron muy aficionados a la fiesta brava, siguiendo la tradición del marqués de la Ensenada. Fue tan relevante esta afición de los marinos, indudablemente vivida en Cádiz, que, citando a Guillén Tato, «en las cámaras de los buques las discusiones sobre asuntos taurómacos debieron ser tan constantes y violentas, que con las de la religión y política fueron prohibidas por los últimos años del siglo XVIII»

Precisamente uno de los centros más importantes de afición taurina en Madrid era la Secretaría de Marina, nutrida por muchos vecinos de Cádiz y que fue, desde los tiempos del marqués de la Ensenada, el centro difusor del toreo a pie en Madrid.

Guillén Tato recoge en su estudio esta afición desmedida por el toreo, de Cádiz y Madrid, y la supone debida a la importancia de Cádiz en el siglo de las luces. Dice textualmente: «...esta diversión cuya más alta y apasionada afición compartía

con Madrid la *Tacita de plata*, tal vez la ciudad española por entonces de más auténtico tronío pero certeramente mezclado con el señorío de aquella sociedad culta, refinada, y abierta por su puerto a todos los acentos europeos y ultramarinos».

En esta búsqueda constante de datos contra los toros que llevó a cabo Vargas Ponce y que quedaron recogidos en los legajos 4º y 5º de su obra, destaca sobremanera la carta que le envió su amigo Gaspar Melchor de Jovellanos.

Plantea Jovellanos que las fiestas de toreo a pie no deben ser llamadas Fiesta Nacional, pues apenas se dan en la mayoría de las regiones, Galicia, León, Asturias..., y añade: «Aun en Andalucía si se exceptúa Cádiz, son pocas las ciudades que la han disfrutado...». Como resumen de su aserto se pregunta: «¿Podrá, pues, llamarse diversión nacional la que solo disfrutaban con frecuencia Cádiz y Madrid?». Más adelante entra a analizar la supuesta afirmación de que la asistencia frecuente a las corridas de toros crea espíritus valientes y se pregunta: «¿Por ventura el pueblo de Madrid y el de Cádiz es más valiente que el de Avila o Zaragoza?»

Como cuarta afirmación de la importancia del toreo gaditano, recordando la asistencia masiva de mujeres a los toros en su época, se vuelve a preguntar: «¿Acaso las mujeres de los primeros (Madrid y Cádiz), (Sabe VM. que componen el mayor número de los espectadores) son más fieras que las de Guernica o Covadonga?». Y como colofón se permite la observación: «¿Sabe V.M. que hay algunas de las primeras (mujeres de Cádiz y Madrid) que después de haber pasado la tarde en grada cubierta, se desmayan en su casa a la vista de un ratón?».

Piénsese que Jovellanos nació en 1744, diez años antes que Pedro Romero y *Pepe-Hillo* por lo que asistió día a día a la consolidación del toreo a pie, que en cualquier caso es cosa de su siglo. Jovellanos escribe su carta a finales del siglo XVIII en plena madurez de los toreros nombrados y de *Costillares*, tam-

bién más joven que él, personalidades que formaron una primera edad de oro del toreo. Entre los años 1767 y 1778 vivió en Sevilla, donde ejerció su cargo de alcalde del crimen en la Real Audiencia de esta capital. Era amigo personal de D. Pablo de Olavide y contertulio habitual de la tertulia que el intendente mantenía en su casa, precisamente en los años en que se produce su informe sobre las fiestas de toros, 1769. Es conocida también su amistad con gaditanos ilustres, como José Cadalso, compañero de graduación en la Universidad de Alcalá, o el propio Vargas Ponce, y en cualquier caso es uno de los grandes pensadores de su siglo y miembro de la Real Academia de la Historia desde 1779.

La carta de Jovellanos está publicada en el tomo II del Cossío, mucho antes de publicarla Guillén Tato. Creo que con los datos que les expongo, puedo reivindicar para Cádiz la gloria de haber creado la Fiesta Nacional, una de las identidades de la nación española.

Muchas gracias.

